

« Mucho se instaba al General Escobedo para que desprendiera alguna de sus fuerzas en auxilio de aquella ciudad (Zacatecas), pero esto nó era fácil por muy justa que apareciese la exigencia del gobierno que había ya amenguado sus tropas en aquel punto; por la necesidad en que se hallaba de custodiar al General González Ortega, que en momentos aciagos había penetrado al mismo Zacatecas, é intentado promover un trastorno, en su delirio de apoderarse de la presidencia. La situación podía complicarse y el General Escobedo, que debía su prudente previsión á una experiencia larga y costosa, entendió que no era conveniente dividir sus fuerzas, sino por el contrario hacerlas compactas y separarlas lo menos posible, pues durante sus largas y penosas campañas, comprendió que sólo podían obtenerse buenos resultados militares con fuerzas unidas y bien organizadas (1). » Lo que comprendía el General Escobedo y que lo acreditaba como militar, no lo había entendido el General Don Ignacio Mejía, Ministro de la Guerra de Juárez, que ordenaba á Escobedo la enorme falta de fraccionarse frente al enemigo.

El gobierno de Juárez, á su vez, debió haber entendido que en Enero de 1867, las fuerzas republicanas apenas eran suficientes para impedir la con-

(1) Juan de Dios Arias, *Historia del Ejército del Norte*, pág. 110.

centración de empuje de los imperialistas, que contaban con cuerpos muy bien disciplinados, oficiales viejos y generales distinguidos. No era, pues, posible que una sola división fuera destinada exclusivamente á cuidar el personal del gobierno republicano. Si Juárez no se encontraba seguro en Zacatecas, debió dirigirse á San Luis y seguir los movimientos y la suerte del General Escobedo, como lo hacía la Emperatriz de Austria María Teresa, en circunstancias análogas, ó bien debió permanecer tranquilo en Chihuahua.

••

El 6 de Abril de 1866, *Le Moniteur*, de París, anunció la retirada definitiva del ejército francés de México. El Emperador Napoleón anunciaba también que los intereses franceses quedarían asegurados al retirarse el ejército. Estos intereses eran los cuantiosos y ruinosos empréstitos contratados por Maximiliano en París y la enorme deuda del Imperio mexicano al tesoro francés, el costo de la expedición militar. Era imposible que Juárez admitiera asegurar tales intereses franceses. El gobierno mexicano asegurador de ellos no podía ser más que el Archiduque Maximiliano ó un gobierno liberal formado de acuerdo con Napoleón III, especialmente escogido para asegurar los intereses franceses, ó sea

la ruina económica, política y social de México.

Se ofrecían tres hipótesis :

Primera. Al retirarse los franceses, Maximiliano no abdicaba ;

Segunda. Al retirarse los franceses, Maximiliano abdicaba y entonces el gobierno francés entregaba en México el poder al partido reaccionario ;

Tercera. Abdicaba Maximiliano y Napoleón formaba un gobierno liberal, con cualquier caudillo reformista enemigo de Juárez.

No abdicando Maximiliano, ¿qué elementos debían sostenerlo? Desde luego los importantes militares : la Legión extranjera, el cuerpo austriaco, el belga y los Cazadores, compuestos en su mayor parte de tropa extranjera y con jefes y oficialidad extranjeros. Todas estas fuerzas excelentes debían ascender á 24,000 hombres. Pero tales tropas no podían resistir la miseria como las mexicanas, ni se hubieran contratado para morir de hambre. Maximiliano podía contar con ellas si tenía dinero ; en caso contrario, no se debía tomarlas en consideración. Maximiliano no podía tener dinero, porque para quedarse en México reconociendo los intereses franceses debía privarse de sumas muy superiores al total producto de las rentas imperiales, que eran lastimosamente escasas.

En suma, cualquiera que fuera el gobierno sucesor de Maximiliano, se debía encontrar sin re-

ursos y sostenido por elementos nacionales. ¿Cuáles debían ser éstos?

Considerando la segunda hipótesis consistente en que Napoleón III entregase el poder al partido clerical, semejante hipótesis no resultaba admisible. Napoleón había declarado que mientras sus tropas permanecieran en México, la bandera francesa no se deshonraría con una restauración teocrática y no podía, en consecuencia, legar el poder al clero. Por otra parte, estaba convencido como toda Europa, de que el partido clerical no podía resistir á la larga ni á la corta el empuje del partido liberal aislado, y mucho menos contando con el eficaz auxilio de los Estados Unidos.

La tercera hipótesis era la admisible : Napoleón debía intentar la conquista de un jefe liberal de prestigio, para que en uso del sistema nacional de pronunciarse por cuestión de ambiciones personales y recibiendo armas, plazas, dinero y todos los elementos que dejaba el ejército francés, se comprometiese en cambio el favorecido á reconocer los intereses franceses. El jefe indicado por las circunstancias era el General González Ortega, que no tenía ya prestigio personal, pero á quien se lo daba inmenso la ley, aun en el concepto de los mismos jefes juaristas. González Ortega, según la conciencia pública ilustrada y vulgar, había sido la víctima de un golpe de estado, de una usurpación, de un gran

crimen. El General González Ortega tenía que contar con importantes elementos. El primero y muy considerable era el del gran número de jacobinos que profesaban el dogma : Sálvense los principios aun cuando se pierda la patria (1). En segundo lugar contaban con buenos jefes liberales que habían aceptado el golpe de estado como una calamidad inevitable, pero sólo mientras duraba la guerra contra los franceses y resueltos á que una vez terminada ésta se obligase á Juárez á respetar en otro lo que tanto había querido que se respetase en él : la legalidad.

El General González Ortega podía contar si le aconsejaban bien sus amigos, con elemento muy importante : *¡los comprometidos!* Estaban comprometidos jugando la vida todos los que habían servido ó ayudado á la Intervención y al Imperio y las clases ricas habían comprometido además sus bienes, condenados á la confiscación por una ley inexorable y terrible que había recibido ya numerosas aplicaciones.

Bastaba una amnistía amplia y generosa decretada por González Ortega para poner de su lado todos los intereses de los comprometidos, que eran

(1) Véanse las cartas de don Guillermo Prieto á Don Juan A. Mateos, á Don Joaquín Alcalde, á su amigo Don Pancho y á Chipilín, recomendándoles apoyen á González Ortega, publicadas en el tomo VIII de la *Correspondencia de la Legación de Washington*.

enormes en el terreno militar, en el económico y en el social.

La gran ventaja de Juárez consistía en no reconocer la ruina de su patria, obligándose á pagar los empréstitos franceses y demás créditos componentes de las reclamaciones del gobierno francés. Pero una vez que los franceses hubieran abandonado el país, González Ortega con cualquier pretexto podía romper sus compromisos con Napoleón III y dejar á Juárez sin legalidad, sin partidarios y sin bandera. Por último, Napoleón III era muy capaz de dejarle el poder al General González Ortega, aun cuando no reconociera las reclamaciones y los empréstitos franceses, con tal de hundir á Juárez. Con este golpe, Napoleón hubiera perdido millones, que en realidad estaban ya perdidos, y hubiera triunfado sobre Juárez dentro del campamento liberal, lo que hubiera proporcionado inmortal victoria á su amor propio.

Colocada en estas condiciones la cuestión política, que eran las naturales exigidas por la evolución, la causa de Juárez degeneraba hasta volverse indigente causa personal.

Juárez, considerando que la mayor parte de los jefes y oficiales del ejército liberal habían reconocido al Imperio, debió facilitarles la segunda defección y facilitársela también á los militares imperialistas. Debió tranquilizar á los moderados, absolver con

las dos manos los grandes pecados de la clase rica y desarmar casi por completo á González Ortega, haciendo todo lo posible y llegar á impedir á todo trance la continuación del derramamiento de sangre y desgracias. Y todo esto pudo hacerlo expidiendo desde el mes de Julio de 1866 una ley de amnistía, con las excepciones necesarias, en número muy limitado. Al anuncio de que Napoleón retiraba sus fuerzas de México, publicado en *Le Moniteur*, de París, Juárez debió responder inmediatamente con una ley de amnistía, intentando por nobleza y por conveniencia, hacer imposible una nueva guerra civil, que podía ser muy larga y muy costosa á la nación y á la causa liberal.

Esa ley de amnistía hubiera dejado á Maximiliano al claro, caso de que no abdicase; la gran mayoría de los comprometidos que escapaban á la muerte, á la confiscación, al destierro, á las persecuciones, no habían de querer meterse en una segunda aventura de infamia y traición. La mayor parte de los comprometidos en la Intervención y el Imperio, lo habían hecho estimulados por el poder militar y pecuniario de Francia, que creían les era asegurado perpetuamente. Una vez Maximiliano sin bayonetas francesas, sin belgas ni austriacos, sin dinero, sin prestigio personal, sin comprometidos á rodearlo y sostenerlo, se hubiera quedado á lo más acompañado de cinco ó seis generales, de algu-

nos camaristas y de media docena de prelados.

Nunca una ley de amnistía fué mejor reclamada por las circunstancias. La amnistía debió comprender á los orteguistas ó sea á los legalistas.

La amnistía estaba indicada por la justicia, por la generosidad, por la habilidad, por el patriotismo.

No menos que el noventa por ciento de la nación había defecionado y merecido las severas penas de la ley de 25 de Enero de 1862. Era indispensable pasar por las armas á siete millones de mexicanos y confiscar todas las propiedades de la República. Cuando una ley feroz se desploma en el ridículo, sólo una amnistía puede salvar el decoro del gobierno que la ha decretado.

Chocaba ver que los jefes y oficiales liberales que habían traicionado á la República y después al Imperio se cubrían con la blanca túnica de las vestales, adornadas con las manchas de dos defeciones. Gozando de altos cargos, ocupando puestos eminentes como gobernadores de Estados federales, recibiendo felicitaciones, aplausos, respeto y aun admiración. En cambio, los jefes y oficiales conservadores que jamás habían defecionado y que, víctimas de sus erróneos principios, habían reconocido á la Intervención y al Imperio, morían fusilados por la espalda y denigrados como parricidas. En buena moral y en lógica, esto no podía

ser justicia, sino una de esas infamias que bajo el fuego rojo de las pasiones de partido, en el paroxismo de la exaltación toman el tinte de virtudes cívicas. La ley de amnistía habría colocado la verdadera justicia en lo que no podía considerarse más que como un muladar de venganzas.

El gobierno liberal había perdido el derecho de castigar, desde el momento en que había entregado su prestigio y sus banderas á multitud de jefes que dos veces habían traicionado. De manera que si el partido conservador debía llamarse justamente el partido de la traición, el partido liberal, con excepción del grupo admirable que jamás reconoció al Imperio, debía llamarse el partido de la doble traición.

Por último, los hechos habían probado que Francia no se había anexo el territorio nacional, ni tratado de convertir á México en colonia francesa. El crimen de aceptar el desmembramiento del territorio y la pérdida de la independencia nacional, señalado y penado por la ley de 25 de Enero de 1862, no era el que se había cometido. Los que no tomaron parte en la Intervención y aceptaron el Imperio como hecho consumado y bajo la condición expresa que no había de comprometerse la independencia ni la integridad del territorio, no podían haber cometido el crimen de entregar á su patria al extranjero. Era indispensable al retirarse

los franceses hacer un vigoroso llamamiento á la razón, á la equidad, á la civilización y á un patriotismo más racional y menos sanguinario que el que con la impasibilidad tétrica de un Torquemada pretendía aplicar Juárez, en nombre de un partido que no había podido ni podía arrojar de su bagaje al tratado Mac-Lane, más antipatriótico que el tratado de Miramar.

Juárez hizo bien en acoger á las ovejas descarriadas que volvieron voluntariamente al redil y que contribuyeron al triunfo de la buena causa; pero para no romper con las más ligeras nociones de humanidad, debió excitar al arrepentimiento ó á la conveniencia, extendiendo generosamente su perdón.

La amnistía era un paso político hábil, porque privaba al enemigo de valiosos elementos; lo aislaba en la aberración de pretender continuar una causa declarada incompatible con nuestro modo de ser, con nuestro modo de pensar, con nuestra manera de juzgar, con nuestros más activos é inflexibles intereses.

La amnistía era patriótica, porque disminuía considerablemente ó anulaba las probabilidades de que á la guerra extranjera sucediera la guerra civil. La inflexibilidad de roca de Juárez debió haberle costado muy caro si Maximiliano abdica y si González Ortega hubiera sido entonces bien aconse-

jado, ó bien si no abdicando Maximiliano, los Generales Miramón y Márquez no se hubieran hecho una guerra desastrosa para los intereses de la causa que defendían. La salvación la debió Juárez simplemente á su estrella favorita, la casualidad, pues hizo todo lo posible para que el triunfo militar correspondiese á los imperialistas.

CAPÍTULO VII

LA JUSTIFICACIÓN DE NAPOLEÓN III.

Napoleón III retiró sus fuerzas de México á causa de la resistencia tenaz del grupo intransigente y heroico de republicanos que combatió sin cesar al Imperio; las retiró acosado por la opinión del pueblo francés, siempre opuesto á una empresa que no le presentaba más que aspectos insensatos; las retiró por la intimación arrogante y enérgica de los Estados Unidos, reprobando toda intervención europea en los asuntos políticos de América, y por último, las retiró convencido de que los sacrificios que hacía Francia eran infinitos, si se atiende á que aparecían nulos los beneficios que la nación francesa debía esperar del trono mexicano.

Como no es posible estimar con balanzas de precisión, la parte que en la resolución de Napoleón III de retirar sus fuerzas de México, tuvo cada una de las causas que la impusieron, hay que aceptar el concepto universal de que la más importante de ellas, la decisiva, la apremiante, la irresistible,